

ELIHU ROOT Y LOS ORIGENES DE LA POLITICA DEL BUEN VECINO.—Resumen de la primera conferencia pronunciada por el Profesor Arthur Preston Witaker.

Lo que tengo que decir se enfoca en la carrera de Elihu Root, quien rindió un servicio de gran importancia a la causa del buen entendimiento entre las dos Américas. Paradójicamente, este servicio se prestó mientras Root era miembro del gabinete de un presidente, Theodore Roosevelt, que se estimó y sigue estimándose muy poco en la América Latina y que (debo confesarlo) hizo poco para merecer su simpatía. Para resolver esta paradoja y darse cuenta del valor de lo que hizo Root en pro de la causa interamericana, es preciso examinar con algún detalle la situación en América que produjo los problemas con los cuales tuvieron que contener Root y sus contemporáneos. En esta situación, aún mas que en la mente de Root, se encuentran los orígenes de la política del buen vecino que nos ocupa hoy.

En primer lugar, fue por estos años (los primeros años del siglo XX) que el mapa de las Américas asumió la forma que todavía conserva hoy. Estados Unidos empezó su carrera como una potencia en el Mar Caribe con la adquisición de Puerto Rico y la zona del Canal de Panamá. El número actual de los estados independientes de América se completó con el establecimiento de la independencia de Cuba y Panamá. Ya se había hecho universal en América la forma de gobierno republicana, pues el último gobierno monárquico (el de Brasil) había sido derribado en 1889-1890. Los gobiernos hispano-americanos ya empezaban a participar, activamente y en términos de igualdad con las grandes potencias, en conferencias internacionales. Lo hicieron por primera vez en la conferencia panamericana de 1889-1890 (primera de la serie moderna de asambleas panamericanas). Unos quince años mas tarde se admitieron a la cooperación con las grandes potencias europeas en la segunda conferencia de la paz de la Haya.

Otro factor político de grande importancia para las dos Américas fue la política nacional de los Estados Unidos que se conoce bajo el nombre de Doctrina Monroe. Proclamada por primera vez en 1823, casi olvidada y mencionada de vez en cuando en los años siguientes, esta doctrina resucitó de una manera sensacional en 1895, cuando el Presidente Cleveland la aplicó en favor de Ve-

nezuela en la controversia sobre límites que tuvo ésta con Inglaterra. Desde entonces, nunca ha vuelto a caer en el olvido la Doctrina Monroe.

En su vida económica, en 1900, mostraban las Américas los efectos de la revolución industrial, comercial y financiera que había ya cambiado el aspecto y el carácter de la Europa Occidental. En el período colonial y en la mayor parte del siglo XIX, la América Latina produjo unos tantos metales preciosos y productos específicamente “coloniales”, como oro, plata, azúcar, tabaco, etc.; en lo demás mantuvo una “economía de subsistencia”. Pero a fines del siglo XIX su economía se alteraba profundamente como consecuencia de ciertos mejoramientos técnicos (refrigeración, etc.) y de la inversión de capitales acumulados en Europa.

Aún mas temprano habían los mismos factores influido en la vida económica de los Estados Unidos, ya por los años de 1900-1910 habían pasado los Estados Unidos de un papel pasivo a un papel activo en la economía internacional, y empezaban a competir las grandes naciones de Europa en el mercado industrial de los países hispano-americanos y en las inversiones de capitales en ellos. Este desarrollo económico tendía a contrarrestar el desarrollo político representado por el Panamericanismo, pues asimilaba los Estados Unidos a las naciones capitalistas de Europa mas bien que a los países de la llamada economía colonial de la América Latina.

En cuanto al desarrollo cultural, la ya conocida división de las Américas en dos familias distintas, la Latina y la Anglo-Sajona, no solamente se mantenía sino pareció destinada a hacerse mas honda y marcada como consecuencia de ciertos factores nuevos: (1) Paradójicamente, la derrota de España, y su expulsión total de América en la guerra de la independencia de Cuba resultó en fortalecer su influencia cultural en la América española, allanando el camino para el Pan Americanismo bajo la dirección de Rafael Altamira y otros diestros y distinguidos españoles. De esta manera se reforzaron los vínculos culturales entre Latinoamérica y la Europa Latina. Al mismo tiempo, se reforzaban los vínculos culturales que siempre habían unido los Estados Unidos al Norte de Europa, y sobre todo a Inglaterra.

Así, al principio de este siglo, la divergencia cultural entre la América Latina y la América Anglo-Sajona parecía ensancharse constantemente.

En primer lugar, debemos constatar que ese país no solamente tuvo una economía madura y expansiva, sino que desarrollaba a igual paso una nueva filosofía política, un nuevo concepto de su misión como potencia mundial, y una nueva política nacional ideada para implementar a estos nuevos conceptos. En la esfera



política y militar, encontraron su mas completa expresión a fines del siglo XIX en los escritos, discursos y otras actividades del grupo republicano representado por Thayer Mahan, Theodore Roosevelt, Lodge y Beveridge.

En segundo lugar, debemos notar que una amenaza potencial a los intereses de los Estados Unidos y al sistema americano, se halló en el nuevo imperialismo que se desarrollaba a paso de gigante entre las naciones de Europa a fines del siglo XIX y a principios del siguiente. En un valioso discurso sobre el tema, el estadista español Antonio Cánovas del Castillo, advirtió a sus paisanos que habían contraído al contagio y querían hacer revivir las glorias del imperio español, que al contrario debieran hacer todo lo posible para poner su país a salvo de la lucha imperialista, puesto que únicamente las mas grandes potencias podrían sostener la lucha mortal que impondría.

El proceso inexorable de expansión imperialista descrito por Cánovas en 1887 siguió su curso en el resto del siglo XIX y mas adelante. Ya al principio del siglo XX habían llevado las potencias europeas el proceso de partición de Asia y Africa casi a su fin. Quedó entonces una sola región grande del mundo que combinó las calidades apetecidas por los imperialistas (como grandes recursos naturales, mercados, campos para la inversión de capitales, etc.) y que al mismo tiempo no se halló ya dominada por una de las grandes potencias. Esta región fue precisamente la América Latina.

Había mucha gente en los Estados Unidos que estaba lista a sospechar que algunas o todas las potencias europeas tuvieron designios contra la América Latina. Otra vez, como ya antes, se temió que cualquier agresión europea fuera ayudada por elementos indígenas. Y se notó también que algunas de las naciones europeas conservaban territorios en América que servirían de bases muy útiles para tal empresa —por ejemplo, las Antillas inglesas, francesas, holandesas y dinamarquesas; las guayanas inglesa, francesa y holandesa; el Honduras británico en Centro América, y las Islas Malvinas, también posesión británica, en el Sud Atlántico.

Hay que admitir francamente que la responsabilidad por la situación inquietante en América por esos años debe atribuirse en parte a los errores del gobierno de Estados Unidos. Basta decir que la anexión de Puerto Rico, la enmienda Platt, y el episodio de Panamá chocaron profundamente a muchos elementos en la América Latina y aumentaron aquella disidencia entre las Américas que, desde el punto de vista de Washington, constituyó uno de los principales elementos de debilidad en el sistema defensivo americano.

Y ahora volvamos otra vez a Elihu Root.

Root empezó su campaña educacional en los altos círculos ofi-

ciales en Washington. Buscó de convencer a su jefe, sus asociados en la administración y los miembros del Congreso, de las excelentes calidades personales de los hispanoamericanos, del alto valor de su cultura, y de la absoluta necesidad de proceder con paciencia, tacto y consideración en todos los tratos con un pueblo cuyo fondo cultural y social fue tan distinto del de los Estados Unidos.

Esta labor de Root fue muy eficaz. Tuvo gran prestigio e influencia no solamente con el gobierno sino también entre los hombres de negocios y en la esfera universitaria. De este modo, dió gran impulso en un largo frente al interés ya creciente de sus conciudadanos en los asuntos de la América Latina. Por ejemplo, en 1895, empezó el Dr. Leo S. Rowe a dictar en la Universidad de Pensylvania un curso sobre los gobiernos latinoamericanos (el primer curso de esta índole que jamás se dictó en una universidad norteamericana), y siguió con ello por más de veinte años hasta que lo nombraron Director General de la Unión Panamericana en Washington, puesto que todavía ocupa hoy. Root puso en foco a todas estas labores sueltas y las alentó grandemente; y su propio prestigio le dió al movimiento panamericanista en los Estados Unidos un prestigio mucho mayor que aquel de que había gozado antes.

Naturalmente se enfocaron los esfuerzos de Root en el Panamericanismo. Persuadió al millonario Andrew Carnegie a donar los fondos para la construcción del edificio panamericano en Washington, realizando así su fin de proveer un local adecuado para el desarrollo de las actividades múltiples y muy útiles de la Unión Panamericana. Asistió Root también al tercer congreso panamericano en Río Janeiro en 1906, siendo el primer secretario de estado norteamericano que visitó Sud América. Pronunció un discurso que hizo una excelente impresión por toda la América Latina y después del Congreso siguió su viaje al Sur, dando la vuelta al Continente y visitando, entre otras ciudades, Lima.

La semejanza entre la política de Root y la de la presente administración se debe en parte a una muy interesante filiación personal. Entre la muchedumbre que sintió el efecto de la obra panamericanista de Root, se halló un joven abogado neoyorquino, Henry L. Stimson, que se hizo protegido y discípulo del secretario de estado y absorbió sus ideas sobre relaciones con la América Latina. Años más tarde le confiaron al Sr. Stimson una misión delicada en Centro América, donde se informó de primera mano de algunos de los problemas interamericanos. Al mismo tiempo la atmósfera creciente de desacuerdo entre las dos Américas después de la retirada de Root convenció a Stimson de la absoluta necesidad de volver a la política de Root. Luego, en 1929, el nuevo Presidente Hoover le dió la oportunidad de llevar a efecto sus

ideas, nombrándole Secretario de Estado. Baste decir que la política de Stimson fué sensata y justa y produjo tan buenos resultados que cuando la nueva administración democrática de Franklin Roosevelt tomó posesión del gobierno en 1933, no vaciló en seguirla, construyendo sobre las bases sentadas por Stimson la política bautizada por el Presidente Roosevelt con el nombre de "la política del buen vecino".

Las ideas y hechos de Root, explican su actitud hacia la América Latina —su respeto por su cultura, sus habitantes, y la independencia e igualdad de sus gobiernos; el valor que dió él a la mantención de buenas relaciones con ella; su deseo de mejorar esas relaciones por medio de actividades individuales en cuanto fuera posible, etc. El gran valor que tiene su obra en pro de la causa interamericana se debe sobre todo al hecho de que se efectuó en un tiempo en que el cielo americano iba nublándose, cuando los motivos de desacuerdo entre las dos Américas se multiplicaban, y cuando fácilmente la potencia mas fuerte — los Estados Unidos— habría buscado una solución en el empleo de la fuerza armada para imponer su voluntad.

A esta tentación se opuso Root valientemente y con éxito. Aunque sus sucesores en las dos décadas siguientes se apartaron algo de sus consejos, sin embargo los esfuerzos de Root consiguieron evitar males que habían podido ser aún peores, haciendo él que su gobierno adoptara el método de buscar arreglos basados en la paz, la justicia, el respeto mutuo, y la creencia de que la diversidad no es un mal que se debe tolerar, sino un bien positivo. Y esto es la esencia de la política del buen vecino.